

Radicalmente

“El querer conciliar la fe con el espíritu moderno conduce a mucho más allá de lo que se piensa: no sólo al debilitamiento, sino a la pérdida total de la fe”. S.S. San Pío X

Hace falta una cruzada de verticalidades

26 de diciembre, 2017 11:40



Ocupate de Mí

(Aquel librito)

“Ocupate de Mí, y Yo me ocuparé de ti”.
Jesús a Santa Catalina de Siena.

Seremos juzgados por la defensa de la fe y de la doctrina.

“Al partir para Macedonia, te pedí que permanecieras en Éfeso, para impedir que cierta gente enseñara doctrinas extrañas y prestara atención a mitos y genealogías interminables. Estas cosas no hacen más que provocar discusiones inútiles, en lugar de servir al designio de Dios fundado sobre la fe. Te hice este pedido con el fin de suscitar el amor que brota de un corazón puro, de una buena conciencia y de una fe sincera.” Pablo, primera carta a Timoteo.

Del catecismo básico, aquel librito de pocas páginas, cubierta de papel muy tosco y enjundia infinita, que ya no se borraría de nuestras mentes. Lo podríamos recitar dormidos. Podemos todavía:

P. ¿Quién es Dios?

R. Dios es un ser perfectísimo, Creador y Señor del Cielo y de la Tierra.

P. ¿Para qué nos ha creado Dios?

R. Dios nos ha creado para conocerle, amarle, y servirle en esta vida, y después gozarle la para siempre en la otra.

Ya no necesitaría, nunca, nada más. Toda la teología, toda la filosofía, toda la Sacra Escritura, la Tradición, los Padres de la Iglesia, el de Aquinas y Agustín y Teresa e Ignacio, los 2,865 puntos del Catecismo de la Iglesia Católica, Concilios y Magisterio, serían abalorios, preciosos ornamentos de lujos y de luces, para adornar esas dos enseñanzas. Allá me vuelvo –con terquedad de mosca, diría don Miguel– para escudriñar en Sínodos y Papas, Encíclicas, Motu Propios, y toda Carta.

Ocuparnos en Dios. ¡Y de más nada! ¿Del otro?: iacaso del Cristo que tiene dentro! Y ahí caben el muy pobre y muy rico, el de muy al lado y el muy alejado. Sólo Su gloria, Él es el todo; y de mí y de los otros, que se ocupe Él, que las fuerzas Le alcanzan.

Paradoja: la Madre Teresa de Calcuta nunca se ocupó de los menesterosos, sino del Cristo que veía, que sufría en ellos. Se interesaba delicadamente de sus almas; que la añadidura de ella y a sus pobrecitos, sus callosas manos como instrumentos, sería faena del Maestro.

¿Que sufre aquél? El bálsamo de Él, o ningún bálsamo. ¿Las amarguras? ¡Oh necesario dolor que lleva a la conversión!, cura, redime. Dura doctrina la de ese Hombre. Floja doctrina la de estos hombres, que, crucificando al Cristo, hacen del mortal la exclusiva misión. Erguirle, que se convierta; y en la punzada, dura, que es forja, se acrisole y viva.



«Vete, llama a tu marido y vuelve acá.»

Respondió la mujer: «No tengo marido.»

Jesús le dice: «Bien has dicho que no tienes marido, porque has tenido cinco maridos y el que ahora tienes no es marido tuyo; en eso has dicho la verdad.»

En aquella mujer, como en Natanael, no había doblez. Ése que tienes no es tu marido. Tú y yo, mujer, hablamos de verdades. La pecadora. ¡El Cristo! Tu sinceridad con mi Verdad te pago.

Mujer sin máscaras. Vertical, radicalmente, impenitente. Ausente todo doblamiento, honra con delicadeza su palabra. Cuando samaritanas y hebreas permanecían silenciosas, ella sí habla. Deja la cántara en el suelo, corre hasta el pueblo, cuenta su cuento que todos creen. Le creen lo que no es creíble: ¡El Cristo existe y está al alcance de una corta caminata!

Como Saulo, peca; y luego anuncia. Del contumaz pecado, a la proclamación audaz. Asume responsabilidades; como Zaqueo, admite y restituye. Gente de otra pasta. Ninguno de esos, pesan ni miden. ¡Se abalanzan!

No. No es tu marido. Es catecismo del más básico. Abortos a millones, multitudes comulgan sin jamás confesarse. ¿Y al Cristo? ¿Qué es lo que ha hecho? ¡Crucifícale! No tenemos que decirte cuál es su culpa; si no fuera culpable no lo hubiéramos traído.

Nos enredamos en el dilucidar --¿no ves que agonizan? -- si es marido real o virtual. Es del dolor de los verdugos de que argüimos, de los que crucifican de los que nos ocupamos: de soldados y fariseos, y mercenarios. No llega a estremecernos el buche de vinagre que al Dios le alargan. Burlas, escarnios, el sacrilegio de

cada alma que, en pecado, va y comulga icómo si nada!... Es voluntad De Dios que Cristo comparta en todo el destino humano, menos en el pecado. No hay que obligar al Cristo a meterse en un pecho y compartir, con nadie, ésa, o maldad ninguna. ¡A beberse su propia condenación los condenamos! --¿por qué empujarles? --. ¿Con Cristo?, a puñetazos. *Ya le hincan la corona, ya le remachan tres clavos, ya le dan una lanzada en su divino costado.* Cada viernes era el rezo obligado.

Ahí va la turbamulta, rauda, en larga fila –si no hubiese tantos ministros de la Eucaristía el tiempo sería inacabable--, junto a los confesonarios de telarañas. Acaso alguno llegue a preguntarse el para qué de esos armatostes al inútil costado de la iglesia. Se queda aquél sentado, y le espoleamos ...

¿Por qué le empujas? ¿No sabes que una sola ofensa venial contra ese Dios es más terrible, de más espantable gravedad y consecuencias, que todas las catástrofes que en el mundo ocurran o hayan ocurrido? Anuncia Oseas, de Israel, que se convertirá y florecerá en el amor antiguo...

"¡Tratádmelo bien, tratádmelo bien!", decía, entre lágrimas, un anciano Prelado a los nuevos Sacerdotes que acababa de ordenar.

—¡Señor!: ¡Quién me diera voces y autoridad para clamar de este modo al oído y al corazón de muchos cristianos, de muchos!"¹

Te cuido, Cristo, me dueles, Cristo. Es el catecismo más elemental: toda la Gloria al Padre; toda al Jesús que se rodea de los que necesitan redención y a los que no acomoda entre plumones.

El pecado éste, de ahora, no es el haber perdido el sentido de la ofensa a Dios; es el arrebatarle, al otro, toda noción de conversión: hacerles sentir de maravilla. No molestarles. No inquietarles. Decirles que el adulterio no es ya adulterio, y la mariconería es orgullo gay, porque no sufran. Si alguno tiene que padecer, que sea el Cristo. No enrostrarles la asquerosa sodomía; ni que el segundo, tercer, sexto marido, no son maridos.

Pero hay, aún, otra culpa más grave: la pérdida de la apreciación de que es el Cristo el que importa, y no el *pobrecito miserable* que es el nuevo Dios que reemplaza al Nazareno. Es el pobrecito miserable quien me ha creado para conocerle, amarle, y servirle en esta vida, desentendidos de la otra.

Al primero y grande mandamiento, lo han mudado al tercero y último. "Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley? Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo." Hay un segundo y semejante ino me lo aparees! ¿Cuál es el reciente, novísimo orden?: amarme, ante todo, a mí mismo; luego al pobrecillo desgraciado; en tercer, último lugar, arrojaré unas meajas, si queda algo, al desventurado Dios.

Importa Cristo. No el pobre, ni el torcido. ¡El Cristo! Si quieres, el Cristo que hay en ellos. No es de arrancarles las angustias de que se trata. ¡Incumbe que se salven! Revelarles que el sufrir, la puerta angosta, el trillito constreñido, es el camino.

O Marx, o Cristo. Lo juzgas exageración, y no lo es: o Redención de Cruz, o la que fragua el hombre, la que proclama el marxismo y canta la Internacional Comunista: "...Que nosotros mismos haremos nuestra propia redención". ¿Hasta qué punto estamos impregnados de las ideas que combatimos? Teñidos de Marx, o revestidos del Cristo. O aplicamos Su redención, la del dolor de corazón, aridez, renuncia, ¡al Nazareno modo!; o fabricamos nuestra enrevesada reconquista.

¿Humanizadas soluciones? Llevarlos a La Virgen, a la que extiende sus pámpanos hasta el mar, y sus brotes hasta el Gran Río³, y dejarlos allí; que bien sabrá la Madre cómo conducirlos a Su Hijo, limpiamente: *aquel caminito llano, por donde se llega a Dios con la Virgen de la mano.*

"¡Cuánta neurastenia e histeria se quitaría, si —con la doctrina católica— se enseñase de verdad a vivir como cristianos: amando a Dios y sabiendo aceptar las contrariedades como bendición venida de su mano!"⁴.

Estoy frente Él, no hay nadie más que Él, en la inmensidad blanca. No dice nada, pero está ahí...³ Qué tremenda responsabilidad de diálogo la nuestra.

Moisés dijo: Haz esto. Cristo: Hazlo así. Si lo que hacemos es lo que indicó Moisés, como Jesús lo haría, ¡qué lindo! Contrariamente... ¡pobre de ti y de mí!...

Jesús, yo Te importo. No Te da igual si hago las cosas de una manera o de otra. Que Tú también me importes. Que no me dé igual tratarte de cualquier modo.⁵

Voces y autoridad, ¿quién me las diera? Has dicho la verdad, no es tu marido.

Jorge J. Arrastia.

1 Camino 531

2 Félix Aronena.

3 J. Lecreq.

4. Surco, 250.

5 Pablo Cardona.

Nota: Expreso, mi criterio muy personal acerca de los acontecimientos y personas sobre las que escribo.

Jorge.